

REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 69.
Miscelánea

¿Realistas vs. neoconservadores?

¿Realistas vs. neoconservadores?

La política exterior de los Estados Unidos
en el segundo mandato de George W. Bush

Luis Francisco Martínez Montes*

RESUMEN

Inaugurada el pasado mes de enero la segunda presidencia de George W. Bush, la pregunta ahora pertinente consiste en dilucidar qué sectores de la Administración tendrán el mayor protagonismo en la formulación de la política exterior de los Estados Unidos durante el nuevo mandato. A menudo, el dilema se plantea en términos excluyentes y, si se permite, un tanto simplificados: ¿prevalecerán los neoconservadores o los realistas? El presente artículo, sin pretender obviar las diferencias existentes entre ambas corrientes, menores en el fondo de lo que pudiera advertirse a primera vista, adopta una perspectiva distinta. Realistas y neoconservadores son presentados como dos variantes no contradictorias, sino necesariamente complementarias de un programa de política exterior orientado, en un mundo amenazador y cambiante, a garantizar una hegemonía intemporal de los Estados Unidos.

Palabras clave: Estados Unidos, política exterior, geopolítica, amenazas

*Consejero en la Representación de España ante la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), Viena.

luis.martinez@mae.es

Las opiniones vertidas en este artículo reflejan la posición personal del autor

¿EL TRIUNFO DE LOS NEOCONSERVADORES?

La victoria de George W. Bush el pasado mes de noviembre de 2004 constituyó uno de esos frecuentes acontecimientos que casi todo el mundo parece ser capaz de explicar... retrospectivamente. Como se sabe, nada tan sencillo, a veces, como prever el pasado. Cabe esperar que dentro de cuatro años muchos muestren similar grado de certidumbre cuando se trate de analizar y evaluar las acciones y resultados de la que para entonces ya será, en sentido literal, una presidencia histórica. Pero, ¿por qué no correr ciertos riesgos e intentar desde ahora imaginar cuál será el rostro del futuro? Si nos limitamos al ámbito de la política exterior, hacer un pronóstico de lo que se nos avecina desde Washington no debiera ser tan complicado. En realidad, bien pudiera resumirse en una sola palabra: continuidad¹. Parece comprensible que la reelección de George W. Bush haya podido ser interpretada por el propio presidente, los miembros más significados y combativos de su primer equipo y por sus seguidores como una vindicación de las más controvertidas doctrinas y decisiones adoptadas durante el anterior mandato. Principios axiales propuestos durante el mismo como los de guerra preventiva, las coaliciones ad hoc y los cambios de régimen por la fuerza, así como sus corolarios prácticos –las invasiones de Afganistán e Irak– habrían sido, siguiendo este razonamiento, legitimados por las urnas. Así pues, si el pueblo estadounidense, con todas las cualificaciones que se deseen derivadas del peculiar sistema electoral en aquel país, ha decidido renovar el alquiler de la Casa Blanca a un inquilino cuyo comportamiento e intenciones conoce de sobra, ¿por qué habrían de modificarse los términos del contrato? Sobre todo si su principal cláusula ha sido salvaguardada hasta la fecha. Como ha escrito el historiador John Lewis Gaddis², tras el 11 de septiembre el objetivo esencial declarado de la Administración Bush de cara a su propio público, al cual han estado subordinadas todas sus acciones, ha sido evitar un nuevo ataque devastador en suelo americano. Al término de la campaña electoral, ese objetivo, aun con extraordinarios costes tanto humanos como materiales y, cabe añadir, en un reconocido retroceso de las libertades en el frente doméstico, había sido cumplido. Por ello, al haberse evitado la concreción de la amenaza, y pese a no haberse eliminado ésta completamente, cabe colegir, con Gaddis, que el curso del segundo mandato en política exterior venga determinado, de mutuo acuerdo entre electores y electo, por el mismo imperativo de seguridad a cuyo servicio seguirán puestos los instrumentos de poder que al parecer han ofrecido tan positivos resultados. Si a estas consideraciones elementales de política interior se suma el desarrollo satisfactorio, dadas las circunstancias y las expectativas, de cruciales acontecimientos en dos de los frentes exteriores más visibles de la denominada “guerra contra el terrorismo” –la celebración de elecciones en Afganistán y en Irak– los motivos para mantener el rumbo fijado en el primer mandato parecen presentarse incluso más atrayentes. Y si el rumbo

determinado por los armadores del barco y por el capitán es el mismo, cabe ya preguntarse, ¿por qué no guardar similar tripulación, al menos en lo que se refiere al cuadro de mando? De nuevo, aquí las primeras señales parecen también inequívocas. El mantenimiento de Richard Cheney en la vicepresidencia y de Donald Rumsfeld en la Secretaría de Defensa; el nombramiento de Condoleezza Rice, anterior consejera de Seguridad Nacional, como secretaria de Estado y una serie de confirmaciones y nuevas designaciones en puestos inferiores, pero relevantes de la Administración (Paul Wolfowitz como subsecretario de Defensa; Robert Zoellick como subsecretario de Estado y Stephan Hadley como consejero de Seguridad Nacional, así como el adjunto de éste, Elliot Abrams) apuntan hacia la misma perspectiva de continuidad en los equipos al servicio de una estrategia con vocación de permanencia. Es más, la desaparición política de Colin Powell y de su segundo en el Departamento de Estado, Richard Armitage, parece conferir, si cabe, un mayor grado de coherencia al círculo que rodea al presidente, al salir de la escena los únicos personajes de peso considerados disonantes con la forma, no tanto con el contenido, en que fue expresada la política exterior en la previa Administración.

Las anteriores consideraciones –legitimidad renovada en el interior, éxitos en el exterior y familiaridad en los nombres– parecen confirmar, por tanto, y con las importantes salvedades que más adelante serán expuestas, una permanencia durante los próximos cuatro años de los parámetros esenciales identificados con el denominado proyecto neoconservador. Un correcto análisis de los presupuestos e implicaciones de ese proyecto, así como un adecuado conocimiento, alejado de fáciles y a menudo inconfesados prejuicios, del carácter y motivaciones de los actores que lo encarnan, se presenta, por tanto, como un ejercicio intelectual de indudables consecuencias prácticas al que deberían dedicar parte de sus mejores esfuerzos, si no lo están haciendo ya, el mundo académico y diplomático. Baste aquí, para no repetir argumentos ya expuestos con mejor competencia, señalar tres aspectos esenciales pero a menudo soslayados en las apreciaciones, sobre todo a este lado del Atlántico, acerca de esta corriente y sus representantes: su solidez intelectual; su continuo ascenso hasta una preeminencia, quizá temporal, dentro del más amplio y heterogéneo movimiento conservador sobre el que se han asentado las recientes mayorías republicanas; y su coherente visión del vasto mundo exterior y del lugar de los Estados Unidos en el mismo. Puesto que es muy probable que tengamos que seguir conviviendo en el futuro próximo con las repercusiones prácticas del programa neoconservador, merece la pena examinar con algún detalle cada una de estas características.

En primer lugar, el movimiento neoconservador está compuesto en su cúspide por un grupo de individuos cuyas credenciales no se sustentan tan sólo, aunque en muchos casos también, en su pertenencia a una red de intereses políticos y económicos, algo que, en todo caso, no debiera sorprender en una sociedad como la esta-

dounidense donde los límites prácticos entre lo público y lo privado en la evolución del *cursus honorum* es, cuanto menos, borrosa. Muchos de sus miembros comparten, con matices, unas firmes premisas intelectuales, capaces de resistir y superar el poderoso consenso prevaleciente desde los años sesenta en las universidades y en los medios de comunicación, dominado por los círculos demócratas. ¿Cuáles son esas premisas? Como es sabido, en su formulación más académica, el neoconservadurismo se asienta en la filosofía política de Leo Strauss (1899-1973)³, un profesor de origen germano-judío quien, antes de emigrar a Londres y posteriormente a los Estados Unidos en los años treinta para escapar del Holocausto, había intentado resucitar el vínculo entre teología, filosofía y política, escindidas desde la época de la Ilustración, mediante una interpretación selectiva de los clásicos griegos y la recuperación de algunos autores pertenecientes a las distintas religiones monoteístas. Su relectura de Sócrates y de filósofos musulmanes y judíos como Alfarabí o Maimónides le llevó a percibir una muy unamuniana distinción, tal y como fuera encarnada por el profesor salmantino en el personaje de *San Manuel Bueno, mártir*, entre el aspecto exotérico de sus enseñanzas –la necesidad de conciliar razón y tradición o revelación como fundamentos, o más bien recursos, de la autoridad y, por tanto, como garantes de la paz social– y otro esotérico, reservado tan sólo a una minoría rectora, en el que el libre ejercicio de la reflexión filosófica puede conducir a poner en duda las mismas costumbres y dogmas de fe sobre los que se asienta el orden social del que depende, *more hobbesiano*, la felicidad individual. Partiendo así de una pertinente y muy actual crítica de la modernidad, sobre todo de su fallido intento por desterrar la religión del ágora pública, el pensamiento de Strauss conduce, en una de sus posibles interpretaciones, a la paradoja del “Viejo de la montaña”⁴: la existencia de una comunidad unida por una fe dogmática o, en nuestros días, por unos *fuertes* valores secularizados en los que sus dirigentes han podido dejar de creer, quizá ya sumidos en el nihilismo, pero que siguen en apariencia defendiendo, y manipulando, como único medio para garantizar su propia supervivencia y prevenir el descenso de la sociedad en la anarquía. Mera hipocresía o consumado maquiavelismo, lo cierto es que fue precisamente esta interpretación del pensamiento de Strauss la que terminó prevaleciendo en ciertos ambientes universitarios estadounidenses de los años sesenta. Comenzó entonces a conformarse una comunidad straussiana, al principio minoritaria, cuyos miembros, entre los que pronto destacaron Irving Kristol y Allan Bloom –autor este último del influyente ensayo *The Closing of the American Mind*⁵ y mentor intelectual del hoy poderoso Paul Wolfowitz–, se dieron a la tarea de recuperar unos auténticos e idealizados valores estadounidenses derivados de las tradiciones clásica y judeocristiana, que por entonces consideraban amenazados, en plena crisis de Vietnam, por el relativismo contracultural, parte a su vez de una generalizada y *spengleriana* decadencia de Occidente. Tal labor de renovación axiológica tenía, en consecuencia, como

finalidad inmediata detener ese real o percibido declive y restaurar la primacía estadounidense frente al riesgo de disgregación interior y a la amenaza soviética, por entonces en su efímero apogeo, en el exterior. Los seguidores del filósofo alemán supieron así percibir una conexión entre la abstracta elucubración *straussiana* y sus potenciales implicaciones prácticas. A partir de este punto, la conversión de una minoría intelectual en una parte esencial del movimiento conservador es uno de los fenómenos más interesantes de la historia política reciente y, sin duda, un tributo al poder de las ideas⁶. Claro que nada de ello hubiera sido posible sin la confluencia de otros dos fenómenos, uno también puramente intelectual, el otro, más bien crematístico. El primero fue la coincidencia en el tiempo de las enseñanzas de Strauss con la aparición de un grupo de pensadores liberales, algunos cercanos al marxismo, desafectos con la causa y críticos con lo que percibían como creciente radicalización del Partido Demócrata. Autores como el mencionado Irving Kristol, Daniel Bell o Seymour Martin Lipset comenzaron a desafiar, también en los años sesenta, el intervencionismo social propio del proyecto demócrata de la *Great Society* (con su énfasis en la discriminación positiva y los derechos de las minorías) con argumentos similares a los utilizados contra el *keynesianismo*, en política económica, por la Escuela de Chicago de Milton Friedman. El elitismo continental de la escuela *straussiana* pudo así revestirse de una cierta legitimidad y resultar más aceptable al converger en su crítica contra ciertos excesos de la izquierda con el lenguaje pragmático de nuevas corrientes en las ciencias sociales y económicas llamadas a dominar la década de los ochenta –los años de Reagan, Thatcher y la caída del comunismo– con el triunfo del neoliberalismo. El segundo elemento que hizo posible el ascenso de los neoconservadores en un ambiente todavía dominado por sus adversarios fue, sencillamente, su arraigado sentido de estar en posesión de la verdad y su agresiva militancia, que llamaron la atención del dinero republicano o, más bien, de aquella parte inclinada a financiar esas instituciones tan típicamente americanas, mezcla de laboratorio de ideas y maquinaria de distribución para su consumo, que son los *think tanks*. Fue así como en los años setenta aparecieron o se vieron considerablemente reforzadas fundaciones orgánicas al servicio de distintas causas relacionadas con el Partido Republicano, entre las que hoy todavía destacan el American Enterprise Institute (al que pertenecen o lo han hecho Richard Cheney, David Frum y Richard Perle); la Heritage Foundation; el Cato Institute (libertarios); la John M. Olin Foundation y la Hoover Institution (de la que han sido miembros Condoleezza Rice y Donald Rumsfeld).

El triunfo de la derecha intelectual y, dentro de ella, de la corriente neoconservadora, hasta convertirse en el nuevo *establishment* de las ideas en los Estados Unidos, ha tenido su correlato en el ascenso en ese país de la derecha sociológica y la transformación de ésta en una poderosa fuerza política. El segundo de los factores escasa-

mente considerados al que más arriba se hacía alusión consiste, contrariamente a lo que imaginan sus detractores, en que lejos de constituir una manipuladora cábala alejada del grueso de la sociedad estadounidense y al servicio de las grandes empresas o de intereses foráneos (es decir, del Gobierno de Sharon), los neoconservadores forman parte, si bien no constituyen el todo, de una más amplia mayoría social definida, en su doble sentido moral y político, como *The Right Nation* por John Micklethwait y Adrian Wooldridge. En su documentado y fascinante libro homónimo⁷, publicado antes de las elecciones del pasado noviembre, los dos periodistas de *The Economist* narran y explican la emergencia de la derecha sociológica desde sus arrinconados feudos en los años sesenta hasta su conversión en una formidable maquinaria electoral asentada en los estados cada vez más dinámicos del Sur y del Oeste, con vocación y capacidad, como se ha demostrado, para hacer del Republicano el “partido natural del Gobierno”. Ahora bien, advierten los mismos autores que esa misma derecha, todopoderosa como pueda parecer ahora, dista de ser homogénea. En su seno se encuentran defensores de proyectos contradictorios o, cuanto menos, difícilmente compatibles, unidos por el cemento que proporciona el poder: libertarios (partidarios de la eliminación del Gobierno y, en muchos casos, de la legalización de las drogas o de la eutanasia); neoliberales (defensores de la reducción del Gobierno, aunque no de su abolición); “conservadores compasivos” (a favor de más gasto social, aunque canalizado a través de organizaciones cívicas o religiosas); grupos de presión centrados en un asunto particular (antiaborto, tenencia privada de armas, rebaja de impuestos, etc.) y, sobre todo, la derecha religiosa, quizá el fenómeno menos comprendido y más controvertido de todo el entramado que sustenta al Partido Republicano. A la vista de lo anterior, se puede colegir que la diversidad de la coalición conservadora conducirá a una más que previsible fragmentación cuando los republicanos pierdan el poder. Al mismo tiempo, también cabe considerarse que esa heterogeneidad constituye una constante fuente de dinamismo y de regeneración. Pero, en todo caso, se puede afirmar con cierta confianza que el ascenso del movimiento conservador —y, dentro de él, del neoconservadurismo— no es flor de un día: ha precedido a las últimas victorias republicanas y, muy probablemente, sobrevivirá, como en el pasado, al período de exilio político que los electores volverán a imponer más tarde o más temprano al partido ahora en el poder. Es más, dadas las tendencias de largo alcance demográficas, políticas, intelectuales y sociológicas en los Estados Unidos, bien puede augurarse que, como viene ocurriendo al menos desde principios de los ochenta, el centro de gravedad de aquel país, ya sea con una administración republicana o demócrata, continuará durante un tiempo considerable situándose a la derecha de las sociedades y gobiernos europeos, un hecho que, para evitar importantes errores de apreciación, convendrá tengan en cuenta nuestras capitales a la hora de planificar y desarrollar sus políticas hacia Washington.

LA REVOLUCIÓN EXTERIOR NEOCONSERVADORA: REALIDAD Y MITO

Las dos premisas de la corriente neoconservadora que han sido examinadas en el anterior epígrafe, relacionadas con su sólido anclaje en profundas tendencias intelectuales y de política interior estadounidenses, constituyen la base desde la que ha de ser analizada correctamente su proyección en la política exterior. El programa neoconservador en este último ámbito ha sido objeto de numerosos análisis escorados, por lo general, hacia los extremos. Ora se denuncia su carácter mesiánico y su excesivo recurso a la fuerza empleada preventiva y unilateralmente, ora se ensalza su contribución decisiva a la propagación de la libertad y la democracia hasta los rincones más oscuros del planeta, como demostraría la concatenación de cambios durante el último año y medio desde Georgia y Ucrania hasta el Oriente Medio, con el nuevo liderazgo en la Autoridad Nacional Palestina y la caída del Gobierno libanés prosirio a modo de más reciente muestra. Por el contrario, donde sí parecen coincidir esas visiones extremas es en afirmar la naturaleza revolucionaria de la política exterior *neocon* en contraste con los dos principales paradigmas que se supone han guiado la acción de los Estados Unidos en el inmediato pasado: el liberalismo *wilsoniano* —con su énfasis en la promoción de los valores democráticos a través de las instituciones multilaterales— y el realismo político dominante, en sus diferentes variaciones, durante gran parte de la Guerra Fría, con su confianza en el mantenimiento de un equilibrio de poder entre las grandes potencias y en la contención de cualquiera de ellas, como la extinta Unión Soviética, que amenazara con quebrar el *statu quo*⁸. Desde un punto de vista académico, es interesante la discusión acerca de si ambos paradigmas, el liberal y el realista, eran a su vez contradictorios entre sí, tanto en los fines como en los medios, o si se trataba de dos vías complementarias, utilizables según el contexto internacional, para alcanzar el mismo objetivo: la primacía estadounidense⁹. En todo caso, internacionalistas liberales y realistas, al contrario que hoy los neoconservadores, coincidían en aceptar una aproximación más o menos gradual y consensual a la gestión de los problemas mundiales mientras no surgiera una amenaza directa e inminente que requiriera una respuesta militar por parte de Washington, legitimada y canalizada entonces, por lo general, a través de alianzas estables. Muestra de los válidos resultados de esa doble tradición fue que, tras el fin de la Guerra Fría, las presidencias de Bush padre y de Clinton utilizaron, en distinto grado y con variable éxito, una combinación de medidas liberales y realistas ante las crisis heredadas o novedosas a las que tuvieron que enfrentarse, desde la invasión iraquí de Kuwait hasta las intervenciones en los Balcanes o en el cuerno de África, además de las complejas respuestas a la simultánea desintegración del espacio soviético y la emergencia de China. En relativo contraste con esta continuidad, pudo advertirse un cambio ya durante los primeros meses del anterior mandato de George W. Bush, quien accedió a la presidencia con una dosis de retórica nacionalista y el recurso al unilateralismo selectivo para distanciarse del

precedente clintoniano. Pueden recordarse a este respecto sus diatribas y las de sus colaboradores durante la campaña electoral que condujo a su victoria sobre Al Gore contra el exceso de intervencionismo exterior y la implicación de tropas estadounidenses en proyectos de “construcción nacional”. Ya en el poder, fueron utilizadas, en el mismo sentido, consideraciones de interés económico o de seguridad para rechazar los compromisos heredados en materia de proliferación nuclear, medio ambiente –Kyoto– o de derechos humanos –la Corte Penal Internacional–. Pero, más allá de esas controvertidas decisiones, adoptadas en muchos casos con vistas al público doméstico, la visión del mundo que parecía iba a primar en la Casa Blanca era la formulada en un célebre artículo publicado en 2000 en *Foreign Affairs*¹⁰ por la que llegaría a ser consejera de Seguridad Nacional y hoy secretaria de Estado, Condoleezza Rice. Experta soviétóloga y discípula del moderado Brent Scowcroft, a su vez ex consejero de Seguridad Nacional de Bush padre, Rice llegó al cargo con una bien acreditada fama de realista pura, muy cerca de la mejor escuela *kissingeriana*. Allí donde muchos comenzaban a ver, en el umbral del nuevo milenio, un sistema internacional en el que los estados estaban perdiendo su centralidad ante las fuerzas globalizadoras del capital y de la información sin fronteras, y en el que asuntos transnacionales –como los derechos humanos, la lucha contra el hambre o el Sida– terminarían dominando la agenda de las cancillerías y los organismos internacionales, Rice seguía percibiendo el mundo en términos de descarnada lucha por el poder entre grandes potencias establecidas o emergentes, guiadas por sus intereses nacionales y tan sólo capaces de encontrar acomodo en un equilibrio global asentado sobre la hegemonía estadounidense. Así, en el mencionado artículo, la futura consejera presidencial aseveraba, en abierta confrontación con el oportunista liberalismo del Gobierno Clinton, que los Estados Unidos deberían prestar menos atención a las instituciones multilaterales o a “intervenciones humanitarias” cuando no estuvieran implicados intereses vitales y enfocar su energía a desarrollar “una relación comprehensiva con las grandes potencias, particularmente Rusia y China”. Mientras la primera continuaba siendo relevante por su pasada gloria y actual debilidad, la segunda combinaba creciente poder y ambiciones irredentas, una mezcla explosiva para el equilibrio en Asia oriental. Tras un examen crítico de las políticas llevadas a cabo por Clinton hacia Moscú y Pekín, Rice pasaba a continuación, en un segundo orden de prioridades, a detenerse en las amenazas planteadas por los denominados “estados fallidos”, entre los que, de forma premonitoria, mencionaba a Irak, Corea del Norte e Irán. Respecto a los dos primeros, llamaba la atención no tanto sobre la naturaleza tiránica de los regímenes, sino sobre sus supuestos programas de armas de destrucción masiva. En cuanto a Irán, su inclusión en la lista se debía, además, a su promoción del fundamentalismo islámico como ideología alternativa a los valores occidentales. Todo lo anterior puede sonar a una visión muy conservadora de la realidad internacional, propia de los más acrisolados *halcones*, pero en modo alguno respondía a los principios identificados con la revolución neoconserva-

dora que estaba por llegar. Por ejemplo, llama poderosamente la atención que en su ensayo Rice apenas dedicara menciones de pasada a la amenaza terrorista o al conflicto en Oriente Medio (aparte de las obligadas garantías de seguridad a Israel), y en modo alguno se refiriera a la propagación planetaria de la democracia y el capitalismo, temas neoconservadores por excelencia con los que se asociaría plenamente un año más tarde, tras los atentados de Nueva York y Washington, la presidencia en la que continuaría sirviendo. Oportunista o leal, probablemente ambas cosas, Rice supo tras el 11 de septiembre pasar a un discreto segundo plano, algo que le ha sido desde entonces recriminado por sus críticos, y seguir la estela marcada por el equipo y las ideas que finalmente guiarían el resto de la primera Administración de Bush II. La relativa pérdida de protagonismo de Rice y, de forma más acusada, pese a su temporal estrellato en los medios cuando así lo requerían las circunstancias, como en las comparecencias ante el Consejo de Seguridad antes de la invasión de Iraq, de Colin Powell, etiquetado a veces como un internacionalista liberal clásico o, todo lo más, como un realista moderado, marcaron para muchos analistas el punto visible de inflexión en el alegado abandono de la doble tradición de política exterior y su sustitución por una agenda revolucionaria dictada por una minoría de visionarios. Este “golpe de mano estratégico”, como lo calificara Z. Brzezinski¹¹, ex consejero de Seguridad Nacional con Carter, habría permitido a ese mismo grupo que supo alcanzar, aunque sin copar, como hemos visto, el pináculo del movimiento conservador en la política interna el dominar plenamente la política exterior de los Estados Unidos y apartarla de su curso natural. Y ello siguiendo un modo de actuar similar, si se quiere *strausiano*, al que habría conducido su original ascenso en el mundo intelectual. Desde posiciones durante décadas cercanas al poder, pero periféricas, los *neocons* habrían ido avanzando sus propuestas radicales, al principio con escaso eco, hasta que una extraordinaria coincidencia de circunstancias –los atentados y un presidente voluntarista pero sin ideas propias– les habría catapultado al centro del escenario, con acceso directo a los oídos del príncipe¹². Semejante interpretación conspiradora, todavía prevaleciente en muchos ambientes de ambos lados del Atlántico, implicaría que la revolución neoconservadora, ahora por lo que parece en su segunda y renovada edición, tan sólo pervivirá en la medida en que sus agentes cuenten con la confianza plena del presidente, es decir, mientras siga produciendo resultados o no provoque mayores desgracias que las ya conocidas. Pero ello supone ignorar, de nuevo, los factores profundos o, si se quiere, la cuenta larga de la política exterior estadounidense. Si se observa detenidamente el contenido de esa supuesta revolución terminan sorprendiendo más sus coincidencias con las previas tradiciones de política exterior que las divergencias, por llamativas que éstas parezcan. Las similitudes del mensaje *neoon* con el liberalismo *wilsoniano* llevado al extremo, como a menudo hizo su propio creador, son evidentes en relación con las exaltadas llamadas a la extensión de la democracia y la libertad allá donde persiste la tiranía. Es pertinente incluso, retrocediendo en la historia, hacer un parale-

lismo con la definición de los Estados Unidos como un “imperio de la libertad” por el presidente Jefferson. Asimismo, de forma si cabe más clara, el cambio por la fuerza de gobiernos y regímenes ha sido una práctica bien asentada en la historia de la República, cualquiera que fuere el color de la Administración, como bien conocen sus vecinos más cercanos o, incluso, países más lejanos que durante la Guerra Fría quedaron bajo la esfera de influencia estadounidense pero se mostraron vulnerables a la penetración comunista. Por último, en cuanto al uso unilateral de la guerra preventiva, tiene precedentes bien conocidos que se remontan, nada menos, a la invasión de la Florida española por el general Jackson en 1818, con el pretexto de que una coalición de indios seminolas, esclavos cimarrones y soldados británicos fugitivos podrían lanzar ataques contra los estados de la Unión aprovechando la debilidad del control español¹³.

En cuanto a las similitudes de la visión del mundo neoconservadora con la tradición realista, las mismas pueden parecer contraintuitivas. Mientras la primera es dinámica y busca la transformación del statu quo siempre y cuando, como sería el caso entre los regímenes islámicos de Oriente Medio, en su seno se alberguen amenazas inminentes o potenciales para los Estados Unidos, la segunda ha predicado una gestión estática, cuanto más cautelosa, del equilibrio internacional. El realismo es, además, indiferente en principio a la naturaleza de los regímenes políticos, siempre y cuando la orientación de su acción exterior no busque la alteración del equilibrio de poder considerado ideal. Es así como Kissinger, el mago por excelencia de la *realpolitik*, pudo buscar la constitución de triarquías o pentarquías durante la época de la *détente*, incluyendo potencias teóricamente revolucionarias como la URSS o la República Popular China, acomodables, a su entender, si se satisfacían sus aspiraciones de grandes potencias, en una especie de concierto o directorio mundial reminiscente de la Europa decimonónica¹⁴. Ahora bien, más allá de estas diferencias, ya se trate de alterar o preservar el orden internacional según convenga, *neocons* y realistas coinciden en algo fundamental: garantizar que ese orden se asiente en una hegemonía estadounidense incontestada y, a ser posible, indefinida. ¿La forma de conseguirlo? Evitar por diferentes medios, pero sin excluir ninguno, que aparezca cualquier competidor en el horizonte, ya sea en forma de una gran potencia revanchista o irredenta —en la versión realista de Rice— o como movimiento o ideología de contornos difusos pero efectos letales, al modo de la Yihad Islámica —en la de sus supuestos adversarios neoconservadores¹⁵—. Pese a superficiales contradicciones y enfrentamientos entre una y otra corriente, siempre fáciles de exagerar en los titulares, esta coincidencia en lo esencial entre realistas y neoconservadores, con independencia de que unos y otros se alternen en su dirección, formará el núcleo de la política exterior estadounidense durante un período que se extenderá más allá de la actual presidencia. El patrón que veremos emerger será, en este sentido, el de una clásica división de labores de acuerdo con el principio de especialización. Algo de ello ya se está anunciando en el primer acto de este segundo mandato.

UNA NUEVA OPORTUNIDAD PARA LOS REALISTAS

La reelección de George W. Bush fue saludada con muestras de comprensible pesadumbre por quienes se opusieron con mayor intensidad a sus políticas durante los previos cuatro años. Entre los más críticos no faltaban quienes a finales del pasado año, ante las dificultades de la ocupación en Irak o el estancamiento del proyecto del Gran Oriente Medio –las dos grandes manzanas de la discordia entre partidarios y detractores de la agenda radical republicana– esperaban algún tipo de acto de contrición y propósito de enmienda por parte de un más humilde Bush. En vano. Como se adelantó más arriba, una rápida sucesión de cambios o nuevas formaciones de gobierno, comenzando por Kabul y Kiev, pasando por la Autoridad Nacional Palestina e Irak y culminando, de momento, en el Líbano, han devuelto la iniciativa temporalmente a Washington. Ante esta concatenación de lo que los afines¹⁶ no han dudado en calificar como muestras de una ola democratizadora desencadenada tras la conquista de Bagdad y destinada a derribar el muro de la autocracia islámica, era difícil esperar un cambio de orientación. Así, las manifestaciones públicas de la segunda Administración Bush durante sus primeras semanas parecieron reafirmar sin fisuras el mensaje neoconservador dominante en los últimos tres años. En su discurso de inauguración del 20 de enero de 2005, y en otras intervenciones posteriores, Bush reiteró e incluso amplificó sus más conocidos acordes. En esas ocasiones, vino a señalar que la seguridad de los Estados Unidos y la pervivencia de su modelo y sistema de valores sólo serán posibles en la medida en que la llama de la libertad se extienda por el mundo y caigan los regímenes tiránicos. A las palabras siguieron los actos. En los primeros dos meses del nuevo año asistimos a una ofensiva contra tres de esos regímenes directa o indirectamente acusados ya sea de promover activa o pasivamente la Yihad (Siria), de buscar la posesión del arma nuclear (Corea del Norte), o de albergar ambos oscuros designios (Irán). Implícita en el mensaje y explícita en los actos, por supuesto, estaba la advertencia de que los tres estados mencionados, entre otros¹⁷, podrían terminar del mismo modo que el Afganistán de los talibanes o el Irak de Sadam Hussein. De hecho, las iniciativas exteriores más llamativas adoptadas hasta el presente por Washington han consistido en serias andanadas, por el momento diplomáticas, a los tres miembros del renovado eje del mal. Dejando aparte el particular caso de Pyongyang, donde el delicado equilibrio en la península coreana y la ambigua relación entre los Estados Unidos y China desempeñan un papel fundamental al explicar una siempre aconsejable cautela, incluso en el tono de las recriminaciones, en lo relativo a Damasco y Teherán la presión estadounidense fue creciendo de intensidad hasta el punto de haber forzado, a finales de febrero, una declaración de mutuo apoyo entre el régimen secular sirio y el teocrático iraní. Alianza de circunstancias cuyo real alcance está por determinar, pero buena muestra de hasta qué extremo los

dos regímenes se sienten asediados por los cambios inducidos en Oriente Medio. También señal de que, en lo relativo a esa región, mientras se mantenga o incremente el impulso de las reformas, los neoconservadores seguirán marcando el paso. ¿Implica ello una derrota, siempre a la búsqueda del fácil titular, de los realistas? ¿Habremos de retornar, tras haberla descartado, a la vieja dicotomía? No lo parece. En sus recientes visitas a Europa, tanto Rice como Bush han mostrado, al menos en el tono, una actitud conciliadora en la que algunos se han apresurado, en sentido contrario, a entrever una desautorización del pasado radicalismo. Al anunciar en el Instituto de Estudios Políticos de París un nuevo capítulo para la diplomacia, saludar la creciente unidad de Europa y solicitar un fortalecimiento de la Alianza Atlántica, la secretaria de Estado parecía incluso alejarse de sus orígenes realistas y acercarse a la tradición internacionalista liberal, todavía si cabe más abandonada¹⁸. Ahora bien, en el mismo discurso no faltaron referencias a la “revolución de la libertad”, a la necesidad de acelerar las reformas en el mundo árabe y, horror de los horrores, a las virtudes de las coaliciones de voluntarios. Idéntica calculada ambigüedad puede encontrarse en el discurso de Bush en Bruselas de 21 de febrero¹⁹, un encaje de bolillos realizado con puntadas neoconservadoras –“hay que poner fin al statu quo de tiranía y desesperanza en Oriente Medio”– y realistas; guiños a potencias tradicionales como el Reino Unido, Francia, Alemania y Rusia, así como detalles ornamentales multilaterales, como las referencias al Consenso de Monterrey sobre el desarrollo o la lucha contra el Sida. La misma agenda de la visita, con una parada en Bruselas ante las instituciones comunitarias y visibles citas bilaterales con Chirac en Bruselas, Schröder en Alemania y Putin en Bratislava, estaba perfectamente diseñada para enviar el mensaje de que el nuevo Bush está dispuesto a jugar sus cartas con una sofisticación que en él se suponía desconocida: dispuesto a hablar con una Europa unida, pero acercándose a las capitales díscolas que siempre se han arrogado una voz propia o en concierto limitado a los elegidos.

Si, conforme a lo anterior, hemos visto que una realista dura como Rice ha sabido adaptarse a los tiempos y adoptar parcialmente al inicio de su Secretaría el lenguaje, y se supone que también la visión, de los neoconservadores, lo mismo se puede decir de éstos. En un movimiento acompasado, aunque menos percibido por los medios, uno de sus más conocidos representantes, Douglas J. Feith, estratega político del Departamento de Defensa, iniciaba una aproximación hacia el otro campo. En una intervención el 17 de febrero ante el Council of Foreign Relations, Feith desvelaba ante un selecto auditorio las prioridades de la nueva Revisión Cuadrienal de Defensa en línea, afirmó, con la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002. Al enumerar los fenómenos internacionales que estaban siendo tenidos en cuenta en el nuevo ciclo de planificación, Feith mencionó “las armas de destrucción masiva, el extremismo terrorista, los riesgos planteados por los estados fallidos y las elecciones estratégicas a las que han de hacer frente los mayores poderes mundiales, especialmente

países como China, con su rápido crecimiento”. Apenas hizo hincapié, si acaso para rebajar su importancia, en los cambios de régimen y su democratización por la fuerza. Es más, en un lenguaje prestado del capítulo VIII de la mencionada Estrategia de Seguridad Nacional de 2002, atribuido al período realista de la propia Rice, Feith afirmaba que “mantenemos nuestro interés en las relaciones entre los mayores poderes mundiales”, mencionando expresamente a Rusia, India y China. En última instancia, concluía, la seguridad nacional de los Estados Unidos es fortalecida cuando promueve “un mundo bien ordenado de estados soberanos”²⁰. Sorprendente afirmación en boca de un supuesto revolucionario que bien hubiera podido suscribir un príncipe de la reacción como Metternich y, sin duda, habrá reconfortado a su mejor alumno, Kissinger.

En suma, Afganistán, Irak, incluso el designio de Gran Oriente Medio, por importantes que sean y por mucha y merecida atención que conciten no son los únicos campos de batalla donde se juega el futuro de la hegemonía estadounidense. Quizá dentro de unos años o décadas ni siquiera sean percibidos como los más importantes. Es más, y esta es una perspectiva más probable de lo que muchos vaticinan, aunque se afirme la presencia estadounidense en el nuevo Oriente Medio y progrese con dificultades el formidable proyecto de ingeniería política destinado a cambiar los regímenes araboislámicos más proclives a albergar o animar pasiva o activamente la Yihad, se irá haciendo cada vez más claro en el horizonte que el destino del orden mundial no dependerá de las iniciativas unilaterales estadounidenses, sino que volverá a plantearse en las más tradicionales ecuaciones de política de poder entre un número limitado de grandes potencias. Realistas y neoconservadores se están ya preparando para ese familiar futuro.

Notas

1. Véase, por ejemplo, KERN, Soren. “Por qué EEUU mantendrá su enérgica política exterior” (20.12.2004). Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos. (En línea). [Http://www.realinstitutoelcano.org](http://www.realinstitutoelcano.org).
2. GADDIS, J.L. “Grand Strategy in the Second Term”. *Foreign Affairs* (January/ February 2005). P. 2-15.
3. Sobre la obra filosófica de Strauss puede consultarse con provecho el ensayo de TANGUAY, Daniel. *Leo Strauss: Une biographie intellectuelle*. París: Grasset, 2003. También el artículo de LILLA, Mark. “Leo Strauss: The European”. *The New York Review of Books* (21 October 2004). P.58-60.
4. Como fuera novelada por el escritor esloveno Vladimir Bartol en su obra *Alamut*, inspirada en la vida del fundador de la secta de los asesinos, conocido como el “Viejo de la montaña”.

¿Realistas vs. neoconservadores?

5. BLOOM, Allan *The Closing of the American Mind*. New York: Simon and Schuster, 1988.
6. El proceso ha sido relatado por uno de sus protagonistas, KRISTOL, Irving., *Neo-Conservatism. The Autobiography of an Idea*. New York: Free Press, 1995.
7. MICKLETHWAIT, John y WOOLDRIDGE, Adrian. *The Right Nation. Conservative Power in America*. New York: The Penguin Press, 2004.
8. Sobre la alegada naturaleza revolucionaria de la política exterior estadounidense bajo la primera Administración de George W. Bush se puede consultar el artículo de SCHLESINGER Jr., Arthur. "Eyeless in Iraq". *The New York Review of Books* (23 Octubre, 2003). P. 24-27. También el libro de DAALDER, Ivo H. Y LINDSAY, James M. *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*. Washington D.C: Brookings Institution Press, 2003.
9. Vid sobre la convergencia de liberales y realistas, desde Wilson hasta Bush padre, en un común objetivo de garantizar para los EEUU una hegemonía global política y económica, la obra de JUDIS, John B. *The folly of Empire. What George W. Bush Could Learn from Theodore Roosevelt and Woodrow Wilson*. New York: Scribner, 2004.
10. RICE, Condoleezza, "Promoting the National Interest". *Foreign Affairs* (January/ February 2000).
11. Vid BRZEZINSKI, Z. *The Choice. Global Dominance or Global Leadership*. New York: Basic Books, 2004.
12. La mejor narración sobre el ascenso del equipo neoconservador en política exterior desde los años sesenta hasta su privilegiada situación en las dos presidencias de George W. Bush sigue siendo la ofrecida por MANN, James. *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*. New York: Viking Penguin, 2004.
13. Vid. CHACE, James. "Empire, Anyone?" *The New York Review of Books* (7 October, 2004). P. 15-18.
14. Vid HANHIMÄKI, Jussi. *The Flawed Architect. Henry Kissinger and American Foreign Policy*. New York: Oxford University Press, 2004.
15. Sobre la pertenencia última del realismo clásico estadounidense y del neoconservadurismo a una misma "tradición geopolítica angloamericana", Vid. MARTINEZ MONTES, Luis Francisco. "La política exterior de los EEUU: continuidad y cambio". *Tiempo de Paz*. No. 73 (verano 2004).
16. Vid KRAUTHAMMER, Charles. "The Road to Damascus". *Washington Post* (4 marzo 2005). Incluso el circunspecto *The Economist* se ha sumado al coro, vid. *The Economist*, "Something stirs" (5-11 marzo 2005). P. 25-26.
17. En su confirmación ante el Senado, Condoleezza Rice incluyó entre las tiranías en el punto de mira de Washington, además de las mencionadas por Bush, a Cuba, Myanmar, Bielarus y Zimbabwe.
18. El discurso de C. Rice es accesible en Internet: [Http://www.state.gov/secretary/m/2005/41973.htm](http://www.state.gov/secretary/m/2005/41973.htm)
19. El discurso de Bush en Bruselas puede leerse en Internet: [Http://www.cfr.org/transition2005/pub7854/george_w_bush/](http://www.cfr.org/transition2005/pub7854/george_w_bush/)
20. Vid FEITH, Douglas J. "National Defence in the Second Term". Discurso de 17 de febrero de 2005 ante el Council of Foreign Relations. Edición electrónica en <http://www.cfr.org/publication>.